

Un pedazo de historia cubana

POR QUE EL EJERCITO NO DERROTO a CASTRO

por el coronel PEDRO A. BARRERA PEREZ, MMNP

Según se lo narró a

Rodolfo Rodríguez Zaldívar

Fotos de BARCALA y ARCHIVO

(Artículo Segundo)

Gobierno de Batista, 1940-44.

— Régimen del doctor Ramón Grau San Martín. — Surgimiento del Partido Ortodoxo. — Elección del doctor Carlos Prío Socarrás. — Auge de las pandillas revolucionarias. — Conspiración del coronel Ramón Barquín. — Suicidio de Eduardo R. Chibás y asesinato de Alejo Cossío del Pino. — Desmoralización en las Fuerzas Armadas.



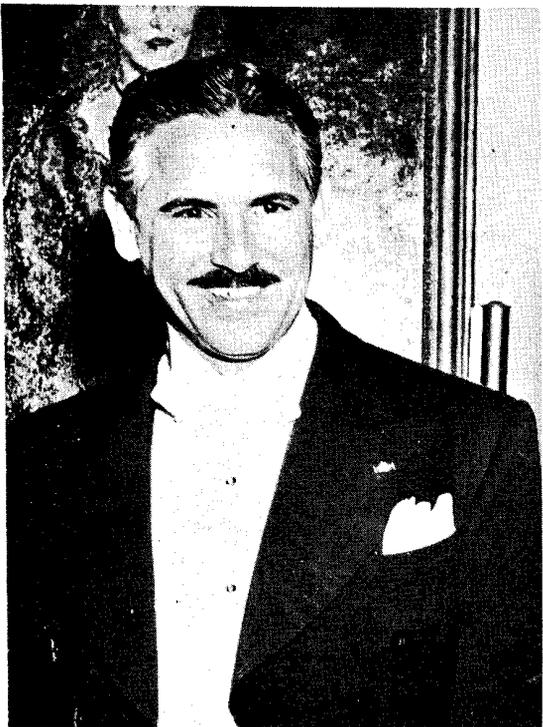
“Un grupo de oficiales jóvenes de academia y yo, llegamos a la conclusión de que había que destituir aquel gobierno, para imponer el orden en el país”, nos dice el coronel Barrera, a la entrada del almacén en que trabaja.

En 1940 Batista cambió su atuendo militar por el holgado traje de civil. Al principio las ropas le resultaban algo incómodas y se movía con cierto aire nervioso, como quien no está seguro del terreno que pisa. Eran muchos años de uniforme, saludos y subordinación, producto de la disciplina militar, que de momento se enfrentaban a costumbres y modos que eran completamente opuestos.

Para el militar, es normal que sus órdenes

no se discutan. Para el político la cosa cambia: tiene que convencer y hasta polemizar, antes de que sus ideas sean aceptadas. Hombre habilidoso y acostumbrado ya a mezclar y hasta a jugar en cierto modo con la opinión ajena, el flamante coronel-civil no tardaría mucho tiempo en adaptarse a las nuevas circunstancias.

En las elecciones iban a medir sus fuerzas los dos hombres producto de un mismo hecho crucial en la historia de Cuba. El 4 de septiembre, para cada uno de ellos, había sido la



“El doctor Carlos Prío tuvo que enfrentarse a una serie numerosa de hechos que iban directamente en su contra”.

cuna de su nacimiento a la vida pública. Grau San Martín aglutinaba a todos los descontentos y había tenido la visión de dirigir sus prédicas favoritas al campesino y al obrero, aprovechando en su favor los excesos cometidos por algunos militares irresponsables que confundían lamentablemente sus funciones estrictas de agente de la autoridad por las de ejecutores arbitrarios de sus caprichos o criterios personales.

El Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí en la etapa independentis-



“Se convirtió en espectáculo diario el duelo a tiros entre las distintas pandillas, de las que Policarpo Soler y Orlando León Lemus (El Colorado), eran jefes destacados”.

ta pasó a ser propiedad heredada por el Profesor de Fisiología. Grau desconocía a todos cuantos no compartieran sus ideales políticos y hacía hincapié en que su línea revolucionaria y política era la exclusivamente auténtica proyección de conquistas populares. Tanto insistió en autodenominarse auténtico representante de las aspiraciones del pueblo, que se le motejó con el calificativo de “Auténtico”. Lejos de indignarse ante la mofa, Grau aceptó el nombre como su mejor escudo y lo añadió al nombre del partido, que desde entonces, ya en serio, se denominó Partido Revolucionario Cubano (Auténtico).

En un principio, el coronel Batista consideraba que sus fuerzas eran más que suficientes para derrotar a su contrincante fácilmente. No obstante, en el transcurso de los días se percató que no podía subestimar al doctor Grau, ya que éste, indiscutiblemente, había sabido canalizar una considerable corriente de opinión pública a su favor y contaba con un aparato político de tal envergadura que muy bien podría desbaratar los planes hechos por su contrario. Batista había pactado con una serie de líderes congresionales y de los diferentes partidos políticos, pero todavía no estaba muy seguro de que obtendría el triunfo comicial.

Para asegurarse el éxito en las elecciones, fue que pactó con el general Mario García Menocal, caudillo de la Guerra de Independencia con un enorme caudal político, puesto que tenía adeptos fieles en toda la República. Eran los clásicos conservadores, los que siempre se enfrentaban a los también clásicos liberales.

Pero aun con todo este andamiaje a su favor, el coronel Batista no perdía el nerviosismo. A ello se debió que cometiera el error de pactar con un núcleo que sin ser precisamente un partido político al estilo usual, tenía cierto arraigo en diversas capas sociales del país, preferentemente en las obreras: el Partido Socialista Popular.

El Partido Socialista Popular surgió mediante una hábil estratagema de sus dirigentes, que lo inscribieron cuando se hizo la reorga-



“Eduardo R. Chibás, abochornado ante la podredumbre política, se inmoló de un disparo, que él mismo calificó como “el último aldabonazo” para despertar la conciencia de los responsables de aquella situación”.

nización de los partidos con vistas a las elecciones constituyentistas de 1940. En realidad no era más que la pantalla tras la que se esdudaban los elementos comunistas del país, que hasta ese minuto sólo podían actuar en la ilegalidad.

El pacto de Batista con el P.S.P. le dió nuevo auge a los comunistas y de esa forma lograron destacadas posiciones en el Senado, la Cámara de Representantes, los municipios y, muy especialmente, en la CTC (Confederación de Trabajadores de Cuba), que pasó a ser un organismo virtualmente propiedad del partido, mediante su secretario general Lázaro Peña.

Con estos pactos logró ganar las elecciones generales y convertirse en presidente constitucional de la República.

Ya instalado en Palacio, Batista se dió a la tarea de coordinar su gobierno basándose en la Constitución recién estrenada. Sin embargo, en lo militar ocurría algo que no estaba previsto por el novel mandatario.

Un número considerable de oficiales superiores, que habían llegado a sus grados y cargos por su vinculación con Batista, ya que muchos de ellos habían sido alistados junto con él, mantenían el criterio de que tenían derechos legítimos a participar en todas las ventajitas de un gobierno al cual ellos ayudaron a crear. Imbuídos de esa idea, los mencionados oficiales sustentaban la creencia de que podían manejar a su antojo diversas fuentes de ingreso, aún cuando fuesen ilícitas, como el juego, el contrabando, la participación en contratos de obras oficiales, suministros a las Fuerzas Armadas, participación en la designación de funcionarios y empleados públicos, etc.

Como es lógico, estas actividades extramilitares trajeron como consecuencia un serio roce entre Batista y sus compañeros colaboradores en las Fuerzas Armadas. La situación hizo crisis el 4 de febrero de 1941. Los jefes de los distintos cuerpos armados, liderados por el entonces temido general José Eleuterio Pedraza, jefe del Ejército, planearon la destitución de Batista, confiando en el control que ya tenían en los institutos armados. Era una situación hartamente peligrosa para el presidente,

que prácticamente estaba desvinculado de los cuarteles, porque todo su tiempo lo dedicaba a sus funciones civiles.

Enterado de los intentos de aquellos oficiales, Batista tomó una decisión rápida, prefi-



“La Confederación de Trabajadores de Cuba pasó a ser propiedad del Partido Socialista Popular (Comunista), mediante su secretario general Lázaro Peña”.



"El general Genovevo Pérez Dámera, jefe del Ejército, era odiado cordialmente por todos los miembros de las Fuerzas Armadas".

riendo correr el riesgo y los peligros utilizando la sorpresa, a esperar la sublevación con sus imprevisibles consecuencias. Fue así como de madrugada, acompañado por Francisco Tabernilla Dolz y Manuel Benítez, dos de sus leales generales, se personó en el Campamento de Columbia, enfundado en un jacket de piel, mandó a la inmediata formación de la tropa y después de ordenar el arresto del general Pedraza y sus seguidores, arregó a los miembros de las Fuerzas Armadas y al pueblo de Cuba, a través de la radio instalada allí mismo, en el Polígono de Columbia.

Hombre de extraordinaria suerte, lo que parecía un revés y hubiese sido fatal para otro gobernante, constituyó para él la consolidación de su preponderancia en los Cuerpos Armados. Se llegó a considerar a Batista como el hombre capaz de "ponerse el jacket" y resolver cualquier situación, por difícil que ésta fuese, detalle muy importante en lo militar porque tanto los oficiales como los subalternos alistados tienen a orgullo que su jefe máximo reúna las condiciones de valor, capacidad y autoridad, cualidades necesarias para merecer el respeto.

A partir de ese minuto, en que los mandos militares fueron reestructurados, Batista enfocó toda su proyección de futuro a consolidar su actuación pública y ganarse, en lo civil, la aureola que tenía en lo militar. Había logrado sacar la República del caos revolucionario y encauzarla por normas constitucionales.

Al acercarse el término de su mandato presidencial, preocupaba a Batista por encima de

toda otra cuestión, la celebración de unas elecciones que fueran tan honestas y limpias como las celebradas con motivo de elegir los delegados a la Convención Constituyente. Por ningún motivo permitiría que su nombre fuese enlodado por unos comicios fraudulentos.

Por su parte, el doctor Ramón Grau San Martín, su ya clásico rival, se aprestaba a la lucha. Los excesos cometidos por algunos militares y colaboradores civiles de Batista fueron hábilmente utilizados por el doctor Grau, cuyo Partido Auténtico se había robustecido con todos los descontentos que producen los gobiernos constituidos.

Frente a las huestes de Grau puso Batista la entente de cinco partidos que constituyeron la llamada Coalición Socialista Democrática, que llevaba como candidato al doctor Carlos Saladrigas y Zayas. Todos los resortes del Poder estaban a la disposición del candidato oficial, pero esos resortes no incluían el uso arbitrario de la Fuerza Pública para inclinar el resultado de la contienda cívica en favor del doctor Saladrigas. Se sustentaba la tesis de que con una labor bien organizada y contando con los prosélitos de dichos partidos, la derrota del doctor Grau era cosa hecha.

Basándose en esa confianza, se permitió que el doctor Grau se moviera libremente y realizara su campaña sin interferencias de clase alguna. Rápido como es, Grau aprovechaba la tribuna y los medios de llegar al pueblo, para atacar a Batista y su régimen en la parte más débil, esto es, en la concerniente al abandono en que estaba el campesinado. De esta forma se ganó el respaldo del guajiro, que hizo de

Grau una especie de Mesías que le resolvería, cuando fuera presidente, todas sus tragedias y miserias.

El 10. de junio de 1944 se efectuaron las elecciones. Confiados en su triunfo, los partidos del gobierno festejaban por anticipado la elección de su candidato, el doctor Saladrigas. Horas después se sabía que Grau San Martín había triunfado rotundamente en todas las provincias y que, por tanto, sería el nuevo presidente constitucional de la República. Para Saladrigas fue una derrota descomunal; para Batista fue la culminación triunfal de su carrera pública y para Grau el resultado de una "Jornada Gloriosa", como calificó el batallador Eduardo R. Chibás aquella lucha comicial.

En lo civil Grau San Martín disfrutaba de un auge mesiánico. El pueblo confiaba en aquel hombre como el único capaz de resolver sus tradicionales necesidades. La alegría era general.

En lo militar la cosa era distinta. Durante diez años mantuvieron en sus manos el control de los cargos importantes aquellos individuos que eran amigos incondicionales del presidente Batista. Durante ese mismo tiempo funcionaban con regularidad las academias militares, en las que se graduaban los nuevos oficiales y después se capacitaban, a través de cursos especiales, para desempeñar grados superiores.

Si en lo civil Grau hizo una depuración a fondo del sistema, en lo militar no se quedaría atrás. Poco después de asumir las riendas del Poder, Grau nombra jefe de la Casa Militar de Palacio al entonces comandante Genovevo Pérez Dámera, uno de sus ayudantes. El subsecretario de Defensa, doctor Luis A. Collado, a quien Grau había confiado la reestructuración de las Fuerzas Armadas, planeó conjuntamente con Genovevo Pérez y un pequeño grupo de oficiales la depuración que culminó con el ascenso de Pérez Dámera de coronel jefe de la Casa Militar a mayor general jefe del Estado Mayor General del Ejército.

Al depurarse todas las figuras vinculadas estrechamente a Batista, se produjo la promoción de aquellos oficiales de academia que se consideraban postergados en sus derechos. Con ello se lograba quitar de las Fuerzas Armadas todo vestigio del pasado régimen y llevar a los mandos hombres con capacidad militar y desvinculados de la política.

Es justo reconocer que a esta época los propios oficiales le llamábamos la etapa de oro del Ejército, porque incrementó el funcionamiento de las academias militares, brindándole la oportunidad, tanto a oficiales como a alistados, de superarse a través de los estudios.

No obstante, el mito de Gran Martín se resquebrajó mucho antes de lo que cabría pensar. Aquel régimen que comenzó por exigir una declaración jurada de bienes personales a los ministros y altos funcionarios públicos, entronizó una etapa de peculado como jamás se soñó, dando lugar al rápido enriquecimiento de individuos que habían llegado a sus respectivas posiciones con el clásico remiendo en los pantalones, lo que provocó el surgimiento de una apasionada pugna por parte de los que querían mantener a toda costa la impoluta conducta honesta prometida por Grau.

Paladín de la nueva causa fue el senador auténtico Eduardo R. Chibás, el mismo que calificó de "gloriosa" la jornada comicial que dió el triunfo al doctor Grau. Desde su tribuna radial en la emisora C.M.Q., Chibás se caracterizó por su fogosa defensa del régimen grausista, hasta convencerse de los peculados cometidos por funcionarios amparados por el propio presidente.

De esta pugna surgió el denominado Partido del Pueblo Cubano, (Ortodoxo), que aglutinó a todas las figuras de limpias ejecutoria pública y considerables sectores del pueblo, defraudados por el gobierno del doctor Grau.

La prédica vibrante de Chibás no era sólo

escuchada por los civiles; también en los cuarteles iba haciendo ambiente, sobre todo porque el general Genovevo Pérez y muchos de sus colaboradores se habían enriquecido de manera extraordinaria, sembrando el descontento entre los cuadros militares.

Parejamente a estos hechos se producían luchas sangrientas entre los distintos grupos revolucionarios, como la U.I.R., el M.S.R., la Acción Revolucionaria Guiteras y otros que surgieron al calor de apetencias personales, llegando a infiltrarse muchos de estos elementos dentro de la propia oficialidad de la Policía. Con el objeto de contrarrestar las actividades de esos grupos se creó por decreto presidencial y con el asesoramiento de Genovevo Pérez Dámera, el GRAS (Grupo de Represión de Actividades Subversivas). Este cuerpo venía a sustituir al abolido Servicio de Inteligencia Militar (SIM) que a principios de su gobierno Grau había suprimido, alegando que durante su régimen eminentemente civilista y respetuoso de los derechos ciudadanos, no se necesitaban cuerpos represivos.

En 1944 antes de terminarse su período presidencial, Grau seleccionó como su suce-

de destituir a todos los ejecutivos de federaciones y al secretario general de la Confederación de Trabajadores de Cuba, todos de filiación marxista, para llevar a esas posiciones a elementos de reconocida militancia auténtica. Fue así como llegó al cargo de secretario general de la CTC el batallador y habilidoso Eusebio Mujal Barniol que se mantuvo en esa posición hasta la caída del régimen de Batista en 1959.

Otro de los factores en su contra era el apoyo que necesitaba de individuos calificados por Chibás como malversadores del régimen de Batista en 1959.

Y por si fuera poco todo esto, tenía en el ambiente militar el descontento causado por su compromiso de mantener en la jefatura del Ejército al general Genovevo Pérez Dámera. Este ya era todo un potentado gracias a las riquezas que había obtenido como gajes ilícitos de su cargo, aparte de los abusos a que tenía sometidos a los distintos mandos militares con sus constantes inspecciones, en las cuales vejaba a oficiales y alistados, provocando la lógica reacción de los subalternos, que no lo consideraban moralmente capacitado pa-

verdadero régimen de terror, pues obtenían posiciones oficiales, contratadas de suministros y otras ventajas gubernamentales a punta de pistola.

Se convirtió en espectáculo diario el choque de los grupos o pandillas, unas veces entre sí y otras peleando contra la Policía.

El estado caótico provocado por estas luchas callejeras creó el lógico disgusto entre los jefes de los Institutos Armados, ya que se veían imposibilitados de actuar de acuerdo con la ley, porque esos grupos contaban con el apoyo y respaldo de altos funcionarios gubernamentales.

Esta situación produjo que un grupo de oficiales del Ejército, liderados por el entonces comandante Ramón Barquín López, planeara un golpe de Estado para destituir al doctor Carlos Prío y al general Genovevo Pérez Dámera, jefe del Ejército. Estos oficiales, después de madurar el plan fraguado, acordaron dirigirse al general Ruperto Cabrera, que fungía como ayudante general del Ejército, para proponerle la presidencia de la Junta Militar que se constituiría al derrocarse el gobierno.

El general Ruperto Cabrera, hombre sencillo y de trato agradable, pero sin la decisión necesaria para dar un paso de tal envergadura, optó por ir a ver al presidente Prío y manifestarle que un grupo considerable de oficiales estaba muy disgustado con la conducta del general Genovevo Pérez, lo cual resultaba altamente peligroso para el mantenimiento de la disciplina dentro de las Fuerzas Armadas.

Esa misma noche el presidente Prío se trasladó al Campamento de Columbia y en las oficinas del Estado Mayor General del Ejército se reunió con el general Cabrera y varios de los oficiales comprometidos en el movimiento subversivo, tomándose el acuerdo de destituir al general Pérez Dámera y nombrar en su lugar al general Ruperto Cabrera Jefe del Ejército, al propio tiempo que se ascendía al grado inmediato superior al comandante Ramón Barquín y los oficiales presentes en la reunión.

Continúa en la página 78



“El entonces comandante Ramón Barquín planeó un golpe de Estado para destituir al presidente Prío y al general Genovevo Pérez”.

ador al doctor Carlos Prío Socarrás, a quien le entregó, como él afirmaba, la “Antorcha de la Cubanidad”. En las elecciones se enfrentaron al candidato auténtico el doctor Ricardo Núñez Portuondo, canalizando el sentir de los partidos tradicionales y el combativo Eduardo R. Chibás por los Ortodoxos, disidentes del Partido Auténtico.

Contando con todos los amplios recursos del gobierno y porque todavía el partido liderado por Chibás no había tenido tiempo suficiente para captar la mayoría necesaria de votos para triunfar, el doctor Prío resultó electo.

Para llegar a ese minuto, el doctor Prío tuvo que pasar por una serie de hechos que iban directamente en su contra. En primer lugar figuraba su actuación como ministro de Trabajo, en cuyo cargo se enfrentó abiertamente al Partido Comunista, ya que le tocó la tarea

de aplicar tan rígidas medidas, cuando no era tan estricto en el cumplimiento de sus deberes. Ya en esa fecha, Genovevo Pérez era odiado cordialmente por todos los miembros de las Fuerzas Armadas.

Con todos estos factores en su contra y otros que surgieron desde los comienzos de su gobierno, por pugnas motivadas por el control de las posiciones, Prío asumió una actitud que disgustó al doctor Grau, quien comprendió que su “discípulo” no seguía al pie de la letra la lección que desde su residencia de la Quinta Avenida dictaba o pretendía dictar a su ex-protégido.

Pronto se dividió la fuerza gubernamental entre los que seguían a Grau y los que eran adictos a Prío. Al calor de estas pugnas se incrementaron las pandillas revolucionarias, respaldadas por personajes influyentes del gobierno y por los grausistas, implantando un



“Bajo el mando del general Ruperto Cabrera se agudizó más el descontento y la desmoralización de los altos jefes militares”.

POR QUE EL EJERCITO . . .

Continuación

En aquel momento se encontraba en su finca "La Larga", en la provincia de Camagüey, el general Genovevo Pérez, a quien se le comunicó por radio la noticia de su destitución. Igual medida se tomó contra el coronel José Pérez Domínguez, jefe del Cuartel Maestre General del Ejército, a quien se acusaba de estar en complicidad con el general Genovevo Pérez para los atrociosos que se cometían en la compra de suministros para el Ejército. Para sustituirlo se nombró al teniente coronel Serafín Abad, quien al poco tiempo comenzó a actuar en la misma forma que su antecesor y provocó nuevamente el disgusto del grupo de oficiales que respaldaban a Barquín.

El comandante Tomás Cabañas Batista, uno de los oficiales del grupo de Barquín, se dirigió personalmente al general Cabrera y le comunicó que el coronel Serafín Abad estaba disponiendo de los suministros del Ejército en la misma forma inmoral que su antecesor en el cargo. Esto motivó que el general Cabrera, temeroso de que volviera a surgir otro movimiento subversivo, tomara medidas para neutralizar la influencia de aquellos oficiales que seguían las orientaciones del coronel Barquín y a ese efecto designó a éste para ocupar el cargo de Agregado Militar a la Embajada de Cuba en Washington y al comandante Cabañas, como castigo por criticar la actuación de sus superiores, lo trasladó para el Regimiento 2 "Agramonte", de Camagüey. Entre tanto, el coronel Abad continuó en su puesto, pues era uno de los principales suministradores de materiales para la construcción del famoso "Chateau Miramar" que a un costo de varios millones de pesos fue construido con materiales sustraídos del Ejército y mano de obra a base de soldados, como un obsequio del general Cabrera a su distinguida esposa.

Mientras tanto, en las esferas civiles el panorama no podía ser más sombrío. Las pandillas, alentadas y alimentadas por distintos personeros del régimen continuaban dirimiendo a tiros sus rivalidades, tomando las calles habaneras como campo de batalla. La división entre los doctores Carlos Prío Socarrás y Ramón Grau San Martín se hacía más honda cada vez y el líder ortodoxo Eduardo R. Chibás tenía material de sobra para su denuncia dominical a través de la radio, que era escuchada ávidamente por el pueblo.

A tales extremos llegó la peligrosidad de las pandillas que el propio presidente Prío se vio forzado a tomar cartas en el asunto, tratando de concertar una tregua a fin de que los jefes de los diferentes grupos se pusieran de acuerdo y suspendieran sus cruentas luchas.

En esa fecha era jefe de la Policía Nacional el general Quirino Uría López, quien al ser informado de que un grupo de jefes de pandillas había sido capturado por un carro patrullero policíaco, lo comunicó al presidente doctor Prío. Este le ordenó que pusiera en libertad a los detenidos, pues había una tregua para llegar a un entendimiento pacífico con los mismos.

Disgustado por esta actitud apaciguadora con elementos al margen de la ley, el general Uría presentó su renuncia y aunque no se le relevó inmediatamente de su cargo permaneció en su residencia varios días, sin ninguna actividad, provocando lógicamente el desconcierto y la desmoralización de los otros altos jefes de los Institutos Armados.

Como martinetes que golpeaban continuamente sobre la opinión pública nacional comentaban éstos y otros peores acontecimientos políticos, distintos comentaristas de la prensa impresa y radial. Si la cívica denuncia de Eduardo Chibás era esperada cada domingo como plato fuerte en las críticas al gobierno, también diariamente, a la una de la tarde, la voz estentórea de José Pardo Llada se escuchaba en toda la República, sacando a relucir

los errores cometidos por los gobernantes. Todo esto, naturalmente, gravitaba en la opinión pública y repercutía poderosamente en las Fuerzas Armadas, imposibilitadas de actuar por la ineptitud de sus jefes, especialmente el general Cabrera que carecía de la decisión y energías necesarias para cumplir los altos deberes de su cargo.

Los hechos llegaron a tal extremo que, abochornado por lo que él suponía una podredumbre política insuperable, el limpio adalid de la Ortodoxia, Eduardo R. Chibás, ante los propios micrófonos de C.M.Q., su tribuna predilecta, en el apasionamiento de una de sus comparencias, se inmoló de un disparo de revólver, que él mismo calificó como "el último aldabonazo" para despertar la conciencia de los responsables de aquella situación.

Para colmar la copa de aquella etapa cruenta de la vida nacional, se produjo el alevoso asesinato del ex-ministro de Gobernación Alejandro Cossío del Pino, hecho perpetrado en la esquina de San José y Belascoáin, cuando se hallaba sentado con otros amigos, de espaldas a la calle, junto a una mesa del café situado en dicho lugar. Cossío del Pino era uno de los políticos que gozaba de generales simpatías en el pueblo y se caracterizó siempre por su jovialidad y la repulsa que sentía hacia todo lo que fuera violencia.

El asesinato de Cossío del Pino causó verdadera indignación en todas las capas sociales de Cuba y aumentó extraordinariamente la ya honda preocupación de los miembros de los Institutos Armados por el estado de cosas imperante en el país.

Ante esta situación, un grupo de oficiales del Ejército, la Marina de Guerra y la Policía Nacional comentábamos a diario la caótica crisis del país en aquel momento y, poco después, llegamos a la conclusión de que se hacía imprescindible la destitución del gobierno del doctor Prío Socarrás para sustituirlo por una Junta Militar que pusiera orden en el país y convocara inmediatamente a elecciones generales.

(CONTINUARA)

SANTA HELENA . . .

Continuación

cuidado con atención especial. Después de su muerte, su carapacho será para el "British Museum" de Londres.

Antes de abandonar Santa Helena, todo visitante debe ir a un valle romántico conocido antiguamente con el nombre de Geranio y actualmente "Valle de la Tumba". Cuando sintió llegar la muerte, el Emperador pidió ser inhumado. Sus cenizas quedaron allí hasta 1840. El lugar es propicio al recogimiento. El silencio es impresionante; sólo turbado por el canto de los pájaros. Al fondo de una fuente queda todavía una garita reemplazando la que durante 19 años usó un funcionario inglés para velar. Sobre la losa blanca, rodeada de una reja, ninguna inscripción. Pero después del traslado a Francia de los restos de Napoleón, la tumba vacía quedó como antes. Su terreno, al igual que el de la casa de Longwood, es territorio francés.

UNA ESCALERA DE 700 ESCALONES

La carretera, por una serie de curvas impresionantes, lleva de vuelta al turista a Jamestown. Para evitar a los habitantes la obligación de usar irremediamente esa ruta, un gobernador mandó a tallar una escalera de casi 700 escalones que atraviesa la montaña en línea recta. Es sorprendente ver a los vecinos de Santa Helena, hasta varias veces al día, subir y bajar con vertiginosa rapidez y agilidad.

Durante largas semanas, esperando el barco que debía llevarme de vuelta a Europa, me he impregnado de esa atmósfera de la

isla que todos los que rememoran la cautividad imperial describen.

Tal vez no haya en otra parte de la tierra una superficie tan pequeña como la de Santa Helena y que inspire tantas meditaciones. Después de dominar al mundo, el capitán más prestigioso de la era moderna, vino a acabar sus días lejos de los suyos y del país en que había hecho su fortuna y su prodigiosa carrera. Exiliándolo, sus enemigos quisieron hacerle olvidar hasta el recuerdo de sus éxitos.

Los años han pasado, el Emperador reposa actualmente en los Inválidos, "en medio del pueblo francés que tanto amé". Y su tumba es uno de los lugares más visitados del Universo. En cuanto a la roca donde vivió sus últimos años, su nombre no sería conocido más allá de los océanos si no fuera por el papel histórico que el azar le hizo jugar.

CUBA, PRIMER ESTADO . . .

Continuación

ganar puestos. Luego, desde esos puestos, llevar la revolución a la línea convenida.

Fidel, desde luego, vio claro en eso desde el comienzo. Cuando algunos de sus más íntimos colaboradores demócratas empezaron a sugerirle la conveniencia de oponerse al avance comunista dentro de la revolución, Fidel tenía a mano este pretexto:

— ¡Pero si son los únicos que verdaderamente me están ayudando!

Y así era, efectivamente. Todos a una, y en todas partes. Mientras los demócratas se daban dentelladas entre sí, por un quitame allá esas pajas, los comunistas trabajaban de consuno por la "revolución humanista", sabiendo que tendría que venir a ser, sin remedio la revolución comunista.

f) Toda la labor del aparato del Partido era, por supuesto, dirigida a ese objetivo: conquistar, en bien estudiadas etapas, la revolución fidelista — no ya Fidel mismo, que ya estaba conquistado. Lo primero era lograr la UNIDAD, el frente popular, en el cual los disciplinados militantes del Partido, respaldados por Fidel y al calor de la conmoción revolucionaria, pudieran apoderarse de los puestos de mando. Luego, echar por la borda a los dirigentes liberales y cuanto representaban y aislar la revolución de los países democráticos para revolvirla al bloque socialista.

¡Tan simple como eso! ¡Y tan eficiente como eso! Las etapas se cumplieron fatal y cronométricamente, sin fallo. Si un miembro burgués del equipo fidelista saltaba, allí estaba, al minuto, un militante comunista para sustituirlo. Si la campaña antiyanqui *desatada desde el principio*, desembocaba al fin en la supresión de la cuota azucarera, allí estaba la *cuota rusa* para sustituirlo. Y así sucesivamente. Cada rueda dentada enganchaba en la siguiente. El engranaje estaba perfectamente ajustado de antemano.

Este esquema puede dar una idea de cómo se han ido articulando los factores para conducir, finalmente, la revolución que esperaba, y suponía que era, el pueblo cubano, a la revolución que la alta estrategia comunista tenía predeterminada. Atribuir esa transformación a circunstancias fortuitas, podrá ser cómodo, pero no se ajusta a la mecánica de la historia. Muchos factores se hallan todavía por despejar, pero los que conocemos son suficientemente claros y elocuentes para llevarnos a esta tardía y desoladora conclusión: nada de cuanto ha ocurrido en Cuba era ajeno a los grandes estrategias de la conspiración mundial comunista.

Y el resultado, nadie podrá ya negarlo: CUBA, PRIMER ESTADO BOLCHEVIQUE DE AMERICA.

F I N